

tuve mucha suerte, porque los franciscanos de Medjugorje saben lo que es una conversión. Yo aprendí que la Iglesia no tiene un pelo de tonta. Son dos mil años de investigación, de experiencias sobrenaturales, de mucha gente que sabe lo que es alejarse y descubrir. Yo ahí tuve unos maestros increíbles que me explicaron que lo que me había ocurrido, en Medjugorje, es normal.

El fenómeno Medjugorje

-De Medjugorje trata su novela *El castigo de los ángeles*. En ella, aparecen dos entrevistas a sendas videntes, ¿son reales?

-Las entrevistas de *El castigo de los ángeles* no las hice yo. Los videntes digamos que están hartos de los peregrinos. Son chiquitos que desde pequeños han estado perseguidos por masas, desde el Vaticano y los comunistas de los primeros años hasta millones de peregrinos que llegan allí de todo el mundo. Esto les ha hecho ser esquivos con la gente. Lo único que hacen cuando les suplican mucho es dar una pequeña conferencia muy rápida. Yo tuve la suerte de estar en dos de estas conferencias. Me quedé absolutamente impresionada, por sus respuestas y por el carácter que mostraban ante lo que les estaba ocurriendo. Tomé esa información, la escribí, y luego investigué mucho. Pregunté a los sacerdotes qué libros había que comprar, quién había investigado, etc. Me dieron muchísimos nombres de doctores, de todo tipo de psiquiatras, de psicólogos, y comencé a estudiar el fenómeno Medjugorje.

-¿Y qué descubrió que le marcara tanto?

-Lo que más me sorprendió fue que los psiquiatras del mariscal Tito -porque todo esto sucedía bajo su Gobierno comunista- declararon que los niños estaban sanos, cuando tenían órdenes expresas de demostrar clínicamente que los niños mentían o que estaban locos. Y no sólo no ocurrió eso, sino que la mayoría se convirtieron. Eso me impresionó muchísimo, porque siendo hija de psiquiatra, sé que un médico, cuando dice que no hay esquizofrenia, o que no hay drogas de por medio, es que ha agotado toda su ciencia antes de diagnosticar.

-¿Cuánto tiempo estuvo en Medjugorje?

-La primera vez diez días, y volví al mes y medio para otros quince, con personas de mi confianza para que me dieran su opinión. Todas las personas que han ido conmigo han vuelto muy cambiadas. Todas han experimentado lo mismo que yo, de diferente manera, pero con ese acer-

Novelas de conversión

Un mensajero en la noche (Belacqva). 17 ediciones del testimonio real de un convicto que, tras una experiencia mística, da un cambio radical y termina sus días en un monasterio benedictino. ■



El castigo de los ángeles (Editorial Planeta). La autora inventa un personaje para narrar la experiencia que vivió en la Yugoslavia de la posguerra, y su propia conversión, tras visitar Medjugorje. ■

“Hay una María de antes y una de después de Medjugorje. Soy la misma, pero con una fe profundísima que me hace muy feliz”

camiento a Dios muy, muy grande. Es como si hubiéramos vivido Fátima, en Medjugorje. Aunque no hemos tenido ningún tipo de visión, todos hemos experimentado algo, y es que en ese pueblito está la presencia de Dios. Eso es indiscutible.

-Entonces, ¿qué es lo que ocurre allí que te atrapa de esa manera?

-Que la gente cambia de vida. Yo allí no he visto manifestaciones sobrenaturales, pero he visto cambios profundos en la actitud de la gente respecto a su vida.

-¿Usted cambió de vida?

-Absolutamente. Hay una María Vallejo-Nágera antes de Medjugorje, y una después.

-¿En qué sentido?

-A mí nunca me había faltado de nada. He tenido una familia que me ha querido mucho, con un marido que me adora y unos hijos sanos. Pero ahora no puedo describir la felicidad después de Medjugorje. Soy la misma persona, pero con una fe profundísima. Y la fe me ha dado la fuerza y la energía para aguantar lo

que sea. Con la fe aprendes a ofrecerte a los demás, a ofrecer tu dolor. Te cambia radicalmente muchos valores.

-Siguiendo con su obra, tras *El castigo de los ángeles*, viene *Un mensajero en la noche*, otra experiencia de fe en la que cuenta la historia de Albert Wensbourgh; ¿quién era este hombre?

-Albert fue un regalo después de Medjugorje. Era un delincuente famoso de Inglaterra, que había salido en la prensa muchas veces. Era un matón, detenido y condenado a 25 años de prisión. Yo había vuelto de Bosnia y ya había escrito *El castigo...*, cuando me llamó un amigo franciscano y me contó que había visitado al abad de un monasterio cuyo cocinero decía que había visto un ángel.

-Albert...

-Sí. Al parecer, una noche, en una celda de una de las prisiones más seguras de Inglaterra, decía que se le apareció un ángel, que le despertó de un golpe en el pecho y le tiró de la cama. Él pensó que había entrado al-

guien para darle una paliza, pero cuando abrió los ojos, encontró una figura llena de luz que le rodeó de amor y le habló.

-¿Cómo reacciona ante lo que le cuenta su amigo?

-Me quedé fascinada con esta historia. El sacerdote me contó que Albert estaba intentado escribirla, pero que no le salía, y que había varios periodistas de Londres que querían hacerla, porque este personaje era muy conocido allí, y se había convertido en un hombre de Dios de la noche a la mañana. Con mucha curiosidad, fui al monasterio y Albert me entrevistó, y me dijo que creía que yo no era la persona adecuada: “Rezaré por usted, pero la he rechazado”, fue lo que me dijo. Aproximadamente al mes y medio me llamó y me dijo: “Después de rezar todos los días, estoy convencido de que usted no es la persona más adecuada para escribir mi historia, pero en oración creo entender que usted lo va a hacer”.

-No parece muy coherente...

-Yo me quedé a cuadros, porque si él pensaba que no era la más adecuada, pues no entendía nada, pero él me decía: “Yo pienso que no, que la chica española, no. Pero en la oración noto cómo Dios me dice: ‘La chica española, sí’”. Y así empecé. Estuve año y medio trabajando en el proyecto.

-¿Cómo era Albert?

-Era muy inteligente. Cuando le conocí, tenía 52 años, y vi que su conversión había sido auténtica y profunda. Se notaba que había sido violento en el pasado, perdía la paciencia, y se notaba que estaba constantemente luchando contra sí mismo. Perdía los nervios conmigo, porque yo era muy lenta a la hora de hablar de Dios, y en ocasiones me asusté, porque nunca había estado con un místico, con una persona que ve ángeles.

-De esta otra experiencia de conversión, y dentro de lo extraordinario del testimonio, ¿qué es lo que más le llamó la atención?

-Que el abad del monasterio en el que estaba era psiquiatra y me decía que Albert no estaba loco, que había superado numerosas pruebas. Eso te crea una sensación difícil de explicar.

-¿Miedo?

-Pasé miedo, porque un místico es una persona que puede hacer mucho bien a la Humanidad, y por lo tanto el demonio no está muy contento con este tipo de personas. Durante este trabajo, acontecieron una serie de sucesos que me bloquearon un poco y por los que estuve a punto de abandonar el proyecto.

-¿Son los que relata en la novela,

(Sigue en la pág. 08)

